LA HERIDA

***ELENA BELMONTE***

**PERSONAJES**

**LA HERIDA**

*“Hasta que mi vida entera entró en la herida”*

*Emily Dickinson*

*Un patio. Una mesa, una hamaca y unas sillas de plástico. Una botella de agua, quizá unos vasos y una revista encima de la mesa.*

*ADA, la madre, sentada en la hamaca. Se ve que ha sido una mujer muy guapa. Viste de manera llamativa: lleva un pañuelo de muchos colores enrollado en la cabeza y unas gafas de sol.*

*EMMA, la hija, con aspecto desaliñado y unos kilos de más, está de pie y come de una bolsa de galletas.*

ADA: *(Señalando hacia la mesa.)* ¿Quieres pasarme eso?

EMMA: ¿Qué?

ADA: Eso. Como se llame. Figúrate si hablaré poco que se me empiezan a olvidar las palabras… Con lo bien que he hablado yo siempre.

EMMA: *(Con la boca llena.)* Yo creo que has hablado normal.

ADA: ¿Qué?

EMMA: ¿Por qué te consideras tan especial?

ADA: Bueno, mira, pásame el bronceador. No sé para qué te digo nada.

*EMMA sin dejar de comer galletas, coge el bronceador de la mesa y no llega a dárselo.*

ADA: Estás en guerra con el mundo. *(Ríe.)* ¡Que digo el mundo, ojalá, fuera con el mundo¡ ¡Estás en guerra conmigo¡ No sé por qué me tienes tanta manía, Emma.

EMMA: ¿Por qué? Será porque te consideras especial, como si te hubieran hecho de otra pasta y con materiales mucho más elaborados que los que emplearon con el resto. Tú hablas mejor que los demás, lo tuyo es siempre lo mejor. Y sin embargo, a mí me pareces de lo más normal. Si me apuras: tirando hacia lo mediocre.

ADA: *(Muy tiesa.)* Pásame el bronceador, ¿quieres?

EMMA: (*Mirando el bote.)* Esto está pasado desde hace un año. ¿Lo ves? Pero si hablaras con la vecina le dirías que usas un bronceador especial. Este bronceador caducado te define. *(Se lo da.)*

ADA: ¿Te importaría comer como un ser humano y no tirar al suelo todas esas migas? No sé cómo te atreves a meterte conmigo de esa manera; ¿te has visto en un espejo?

*EMMA tira la bolsa vacía sobre la mesa, se sienta de espaldas a ADA y se pone a hojear la revista.*

ADA: Yo pensaba ya en el colegio que las personas gordas y desaliñadas tendían a estar acomplejadas, sin embargo, tú te creces como un tigre en cada desayuno.

EMMA: ¡Qué niña tan reflexiva debiste de ser¡

ADA: En cuanto a hablar con la vecina, ¿a qué vecina te refieres? Puede que la rabia te impida ver que estamos en mitad del campo.

EMMA: *(Aparentando que se enfrasca en la revista.)* Sí, no me había dado cuenta. Es más, al llegar pensé que no era el campo sino un estanque lleno de nenúfares. Tratándose de ti hablar de campo es una vulgaridad, una ofensa.

ADA: No vas a conseguir hacerme daño, Emma. Eso es lo que te molesta. Que digas lo que digas, sabes que no me harás daño. Tendrías que adelgazar unos kilos y vestirte como un ser humano para que yo prestara atención a tus palabras. Pero no me distraigas; estaba hablando de la vecina que no tengo. ¿Qué he podido hacer tan mal para que yo, que siempre he sido una persona comunicativa, viva en mitad del campo y no tenga ni a quién preguntarle si me podría prestar una cabeza de ajos?

EMMA: Todo.